

o de pequeño grupo. Muchos llegan a creer en la opinión social que los condena, se avergüenzan un poco de ser lo que son. Y esa incapacidad de rebelarse contra el prejuicio tiene que ver, también, con el carácter abstracto e irreal de la música. Casi de cualquier actividad se pueden extraer conclusiones útiles para entender el mundo y, en consecuencia, para vivir. De ésta, no. Es algo así como un juego para iniciados, con reglas propias e insólitas (y en eso se parece a las matemáticas, que producen también extraños seres humanos).

En el otro extremo del espectro está el que usa las ropas de los lacayos de hace un siglo, toca para sólo unos pocos y hace reverencias desde el escenario de los teatros de columnas doradas y lunetas de terciopelo rojo. Su vestimenta y su saludo no son casuales. No hace tanto que los músicos eran sirvientes, vestían y comían como tales y guardaban a los señores el respeto que se debe a un ser superior, no obstante ser muchas veces admira-

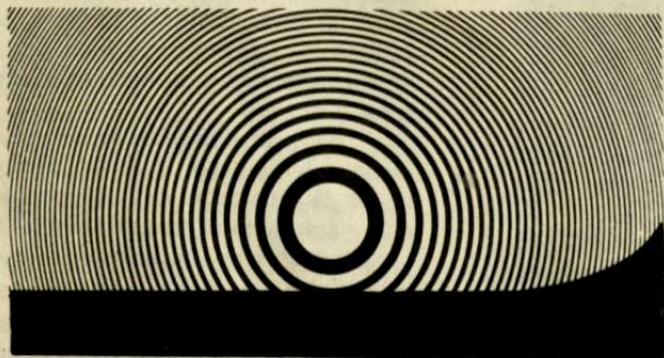


dos por sus habilidades. Eso sí, el contacto con las clases dominantes les daba derecho a una cierta dosis de honorabilidad de la que carecía el músico popular. Sin embargo, a partir de la emancipación romántica del artista, las cosas cambiaron, al aparecer el público que idolatra y el

artista educado para genio, en un proceso que llega hasta nuestros días y alcanza también a diversas formas de música popular. Hay que ser único, excepcional, genial si es posible... pero pocas veces lo es. La frustración asume entonces la calidad de resignación burocrática.

También aquí nuestro músico se encuentra desvalido. La actividad que realiza no lo ayuda a entender qué pasa, la historia lo aprisiona en vacíos formalismos, las ilusiones se van desdibujando y, en la mayoría de los casos, el instrumentista se transforma en un mecanógrafo de la música que copia expedientes con nombres de sinfonías.

Uno y otro camino conducen a una alienación, diferente pero igualmente dolorosa. Mas no desesperemos que esto no es un designio del Cielo. Somos como somos pero no tenemos por qué serlo eternamente. Y lo primero que debemos hacer para cambiar es percibir la realidad sin maquillaje. A eso, justamente, trato de contribuir con estas páginas. □



LA MUSICA EN EL TEATRO

Adrián Goizueta

De pronto baja la luz, el público se acomoda en sus butacas, todavía se escuchan algunas voces, se cierra la puerta de entrada haciendo desaparecer el último haz de luz dibujado en la oscuridad. Comienza a oírse una música lejana que cada vez se hace más y más presente, la luz del escenario se enciende lentamente, la música crece, ya se ven las paredes, la mesa, las sillas, toma forma definitiva la música que se fue armando de cada momento, de cada clima, de todas las sensaciones que nos presenta la obra... todo está listo, entran los actores y una vez más se produce el milagro, todos los elementos en una

conjura de magia y ensueño: el Teatro.

Como un hilo casi imperceptible, la música hilvana situaciones, anuncia el momento siguiente, es nexo entre los distintos cuadros, está constantemente ahí, reforzando el clima o ayudando al distanciamiento, por momentos secundando la escena y protagonizándola en otros. En ciertos casos puede transformarse en canción, entonces brilla con ritmo o dramatismo, pasa a la voz del actor y es vehículo indispensable del mensaje.

Hacia el final, cuando el conflicto se aclara o queda planteada la incógnita, la música espectante a-

guarda el apagón para inundar la sala, para correr un telón invisible sobre la escena y acompañarnos en nuestra retirada, trayéndonos, como un mensajero invisible, una y otra vez la trama y su mensaje. Tal vez no se recuerden melodías o ni siquiera la presencia de la música en la obra, quizá este sea el mayor mérito de la música incidental, porque evidencia su integración en la puesta y la verdadera interacción de los elementos que componen el espectáculo. Cuando en una obra sobresale una actuación en particular, los decorados, o la música, es que algo anda mal; el Teatro es un todo que no se puede desmenuzar

para apreciarlo y disfrutarlo, y si uno de los elementos sobresale es probable que los demás estén fallando.

A grandes rasgos esta es la función de la música incidental y/o de la música en la obra propiamente musical. Cabría señalar la diferencia que existe entre ambas, la primera como dijimos está presente en el incidente, en la preparación del clima, en el refuerzo de las situaciones y en telón del epílogo; la otra es protagonista, a través de la canción y del baile se convierte en vehículo de forma y contenido.

En la historia del Teatro siempre ha estado presente la música de una u otra forma, ya desde el

Teatro Griego en su forma coral; en el Teatro juglaresco, en el brillante e irónico teatro de Molière, con toda fuerza en la aparición de la ópera en Italia, al final del siglo pasado con Wagner, en la verdadera forma de música incidental. De allí hacia nuestros días en toda la magnificencia y prosperidad del teatro moderno, la música ha estado presente cobrando cada vez más importancia, siendo elemento primordial en la puesta, en donde desempeña un rol amplio, yendo de ser vehículo, a transformarse en elemento simbólico y dinámico de la obra.

Bertolt Brecht sentó las bases para la utilización de la música en el teatro contemporáneo, es posible afirmar que a través de él la música

cobró su mayor importancia dentro de la obra.

En nuestros días y en particular en Costa Rica, la música se halla relativamente integrada a la producción teatral. En una historia corta pero próspera encontramos un sin número de títulos: "La Opera de los Tres Centavos", "Arturo UI", "Rinconete y Cortadillo", "Wozzeck", "El Lindo Don Diego", "Topografía de un Desnudo", "El Enemigo del Pueblo", "La Locandiera", "Murámonos. Federico", "Invitación al Castillo", "¿Quién le teme a V.W.?", "Fuenteovejuna", "La Loca de Chaillot", son solo algunos de los montajes en que la música estuvo presente. Esta prolífera actividad teatral ha deparado una importante experiencia para compositores y músicos al tiempo que abre una nueva fuente de trabajo. El ámbito teatral exige situar la música en función de la obra, es necesario conocer en profundidad la trama, el texto y el subtexto, situarse en la época, decidir el rol que ha de desempeñar en el montaje, en el aspecto más técnico elegir los instrumentos para los que se ha de componer, definir la duración de los temas: Obertura, "late motive", puentes, canciones, epílogo; un intenso trabajo de composición. Surge como un azote inexorable el tema económico, ¿es posible en nuestros días incluir música en las producciones teatrales?. La respuesta es poco alentadora, la situación económica nacional ha desencadenado una aguda crisis en el Teatro, por un lado la disminución natural en la afluencia de público (como resultado de la crisis), y por otro la falta de una verdadera política de ayuda económica a los grupos independientes y oficiales, sumado al encarecimiento del estudio de grabación, componen una realidad difícil y han llevado a los grupos nacionales a la necesidad de producir un teatro de austeridad, en donde se ocupen pocos actores, escasa escenografía y vestuario y nada de música.

No debemos permitir que esta situación continúe, no es posible aceptar que el Teatro decaiga triste, descolorido y en silencio. Por su trayectoria el Teatro Costarricense merece vivir y desarrollarse con todos los recursos que le son afines: actuación, escenografía, danza y música en una indivisible unidad expresiva. □

